

defensa; pereza la mentira, que es un continuo engaño de acomodamiento a una inacción instintiva, el dejar-hacer transformado en dejar-tingir; pereza la inacción; pereza el orgullo; pereza, en fin, el aticismo criollo, la espiritualidad sutil que exige menos esfuerzo a la imaginación que la firme actividad del pensamiento entregado al estudio de arduos problemas.

Esa pereza imaginativa se manifiesta, en la literatura hispano-americana, aniquilando la alta labor del pensamiento y creando una legión de escritores estérilmente fecundos, "banqueros de palabras y mendigos de ideas", que hablan y escriben porque ello no exige gran esfuerzo intelectual, pero que no piensan. ¿Y el público hispano-americano, indolente y apático, sanciona con su aplauso esa labor ligera e infecunda, porque hay menos esfuerzo en deleitarse con la lectura de frivolidades espirituales que en comprender una alta concepción del espíritu humano?

La tristeza, dolencia de los agotados, es hija de la pereza: un individuo laborioso y activo, absorto en su trabajo, aunque se sienta herido por la adversidad, lleva en su pecho un ruiseñor; en tanto, aquel que charla y ríe constantemente en los cafés, lleva en sí la tristeza y el tedio de la vida. La herencia, ¿siempre la herencia! nos trajo en sus entrañas la tristeza: triste y resignada era la raza de los aborígenes; triste era la española conquistadora, en la cual la vieja risa goda y la franca alegría morisca fueron extirpadas por la inquisición; triste era la raza africana, que, aunque alegre en su tierra nativa, fué agobiada en América por los rígores de la esclavitud. Por eso nuestra raza lleva en sí la tristeza, diosa de la derrota, que agota el ánimo de la producción y el trabajo.

La arrogancia, valor de los vencidos, herencia directa de la raza hispana, es hija también de la pereza, porque generalmente es una faz de la mentira: es el orgullo de la pereza, el alarde de una fuerza que no se posee, de una superioridad ficticia. El soneto "Soy Español", de Enrique de Alarcón, es magnífico para señalar ese rasgo típico de la raza.

Bunge se extiende sobre la faz más peligrosa de la pereza: la inacción o inconsciencia del pueblo respecto a sus derechos, origen de innobles e injustificadas preponderancias, que él llama caciquismo. ¿Aún perdura, con el antifaz de república, el caciquismo indígena! Verdaderos caciques son los hombres que gracias a un golpe de estado o a un ridículo sainete electoral, escudados siempre en la fuerza o en su prestigio personal, ocupan incesantemente en América, por largo tiempo, la cumbre del poder público. En muchas repúblicas hispano-americanas los partidos o agrupaciones políticas son esencialmente personalistas, y siempre tienden al encumbramiento de determinado prestigioso caudillo, que una vez en el poder es el cacique omnipotente pero no al triunfo de principios liberales o democráticos. Bunge presenta y estudia tres diversos tipos de caciques: Rosas, el cacique sanguiinario; García Moreno, el cacique inquisidor; y Porfirio Díaz, el cacique progresista, como los más salientes ejemplos del caciquismo en América.

El origen del régimen de caciquismo está en la pereza colectiva del pueblo; el pueblo tiene en sus entrañas la aspiración de ser bien gobernado, pero no es capaz de realizar el trabajo de opinión que sirve de orientación a sus destinos, ni de imponer el libre ejercicio de sus derechos. Prefiere des-